

QUINTO DOMINGO DE CUARESMA, CICLO C

(Isaías 43:16-21; Filipenses 3:7-14; Juan 8:1-11)

Hay dos hermanas. Una se llama la culpa y la otra, la vergüenza. Parecen como gemelas; pues las dos tratan de sentimientos de la incriminación. Pero hay gran diferencia entre sí mismas. Se siente la culpa como una necesidad de reformarse. La persona culpable sabe que ha hecho algo malo y necesita arrepentirse. La vergüenza, en cambio, es paralizadora. La persona que lleva la vergüenza profunda siente mal de sí mismo. Aun no cree que pueda cambiarse más que pueda nacer de nuevo. Se ve la mujer sorprendida en el adulterio del evangelio hoy como llevando la vergüenza tanto como la culpa.

Los fariseos traen a la mujer a Jesús para desacreditar su estima entre la gente. Le preguntan si está bien apedrear a ella. Si Jesús dice que no se debe ejecutar a la pecadora, estaría contradiciendo la ley. Pero si la juzga como culpable de un crimen capital, ¿cómo podría presentarse como defensor de los pecadores? Lo que no hay aquí es la preocupación de parte de los fariseos por la mujer. Para ellos la mujer es como un vaso desechable. Aunque se presentan a sí mismos como ser hombres de Dios, no les importa una de sus criaturas. Sólo quieren eliminar a una persona que consideran como un rival.

Jesús se prueba como varón de Dios y deja pista que sea Su Hijo por su repuesta a sus perseguidores. No los condena por intentar enredarlo en problemas. Tampoco se enfoca en la ineptitud de la ley aunque hoy en día bajo condiciones muy distintas los papas juzgan la pena capital caducada. Más bien Jesús toma en serio a la mujer delante de él: temerosa, culpable, y avergonzada. Actúa para salvarla cuando reta a sus acusadores que le lance la primera piedra el que no tenga pecado.

Puesto que ninguno de los fariseos se atrevería a pensar de sí mismo como libre de pecado, todos dejan el lugar. Quedan sólo Jesús y la mujer: la misericordia y la vergüenza. Entonces Jesús le alivia su carga por pedirle que no peque más. Ya no más va a sentir la vergüenza. Pues ha encontrado al Hijo de Dios que confirma la bondad de su existencia. En la primera lectura el profeta Isaías dice que Dios va "a realizar algo nuevo". La novedad puede ser la adúltera perdonada de sus delitos. También es cada uno de nosotros que tenga el valor de reconocer sus pecados y pedir el perdón a Dios.

Vemos esta transición en la persona de san Pablo. Después de arrepentirse de la persecución de la Iglesia, él vive con la felicidad. Dice en la segunda lectura: "...nada vale la pena en comparación con el supremo bien, que consiste en conocer a Cristo Jesús..." De hecho Pablo siguió sacrificándose por causa de Cristo por treinta años después de su conversión hasta que lo degollaron. Se ve la transición también en Rogelio lo cual pasó un tiempo en la prisión. Ya perdonado de su pecado, Rogelio se encarga de un grupo visitando la cárcel semanalmente.

Se ha llamado Jesús "la misericordia de Dios". ¿Cómo se ve Jesús entonces? Tal vez como un príncipe polaco como en el retrato famoso de la Divina Misericordia. O posiblemente como el hombre muerto en el regazo de su madre como Miguel Ángel lo esculpió en el estatuto "Piedad". La verdad es que hay

millones y millones de imágenes de la misericordia de Dios. Pues todos nosotros llevando el nombre "cristiano" somos llamados a reflejar la misericordia. Todos nosotros somos llamados a reflejar la misericordia de Dios.

Padre Carmelo Mele, O.P.